UNA VIDA EN EL CINE



ALBERTO MASFERRER

"Si alguno, por azar, llegara a leer estas páginas, hallaría un enigma en el nombre que les he dado.

"¿He querido decir que en aquellas fugaces horas que pasé con Julia viendo una película en el cine, desentrañé y comprendí su vida? ¿O bien que la mía perdió desde entonces su serenidad y su fuerza, y fue contagiada de un dolor perenne, el de la esperanza que no puede ser realizada? ..."

Alberto Masferrer

Del diario íntimo de Michel Andrewsky.

BIBLIOTECA POPULAR

Volumen 6

Primera edición
San José, Costa Rica, 1922

Segunda edición
Guatemala, 1929

Tercera edición
Departamento Editorial
del Ministerio de Cultura
San Salvador, 1955

Cuarta edición
Dirección de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1976

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras 145.
San Salvador, El Salvador, C. A.
1976

ALBERTO MASFERRER

UNA VIDA EN EL CINE



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

NOTA EDITORIAL

Una vida en el Cine, *feliz incursión novelística de Alberto Masferrer, es muy poco conocida. Su autor ha tenido mayor difusión en lo referente a su pensamiento político-filosófico, quedando rezagada su producción estrictamente literaria de la cual* Una vida en el Cine, *posiblemente sea una de las más esenciales.*

El punto focal de la novela es la extraña relación de dos personajes, un viajero finés y una dama salvadoreña, en una sala de cine a principios de siglo. Esta relación desentraña la estrechez de un medio en donde la mujer es un elemento decorativo, mero objeto que al transgredir las leyes que el mismo medio impone, se encuentra con el silencio y el desprecio. La relación de la pareja alcanza intensidad, pero hay sucesos imprevistos, separación y viajes. El lector no podrá menos que convertirse en cómplice de lo que se dice en esta novela.

A Manuel Magallanes Moure
En Chile,

Querido amigo, permita que su preclaro nombre preste vida, siquiera unos días, a este desmañado y tardío intento de novela. Recordando su mucha benevolencia para mis NIÑERIAS, he pensado que, por muy insignificante que sea este mi nuevo ensayo, usted le dará cordial acogimiento. ¿No es más alto y bello que todos, aquel amor que se otorga a las cosas más viles?

Siempre de usted,

A. MASFERRER.

San Salvador, 1922.

EN diciembre de 1914, Enrique Holland, profesor de idiomas a quien había conocido y tratado íntimamente en París, tres años antes, me confió algunas páginas del diario íntimo de su amigo Michel Andrewsky, para que, a toda costa, las entregara, en propia mano, a doña Julia de Stoffel, en San Salvador.

Cumpliendo la voluntad de Andrewsky, había intentado Holland hacer él mismo dicha entrega, por medio del correo; pero de aquí le devolvieron las cartas, con la anotación de "no entregadas, por desconocida"; lo cual movió a Holland a darme el encargo de traerlas. Llegado aquí, no me costó mucho convencerme de que, en efecto, nadie conocía a Julia Stoffel. Adiviné que éste era un seudónimo, bajo el cual, la delicadeza de un amante caballeresco, había ocultado el verdadero nombre de una mujer amada y respetada.

Tras de muchas indagaciones que me ocuparon hasta 1918, llegué a saber que entre 1915 y 1916, numerosas familias salieron de aquí para Estados Unidos; que algunas ya no regre-

saron, y que de una de ellas, no se conocía la residencia, ni se tenía noticia alguna que pudiera inducir a presumirla. Esta familia era, probablemente, Julia y su niña.

Aguardé todavía un año en espera de datos más precisos; pero todo lo que pude saber, y esto por vagos decires, fue que cierta señora había vendido todos sus bienes antes de irse; que no tenía o no reconocía parientes, y que a nadie había hablado de su viaje ni de su paradero.

Con esto, y por el contenido del manuscrito que me confiara Holland, comprendí que Julia había partido con la resolución de no volver, y de cortar, además, toda relación con un medio social que sólo dificultades podía ya ofrecerle.

No se halla fácilmente a quien no quiere ser hallado. Esta reflexión, y el deseo de cumplir mi promesa, me decidieron a publicar el manuscrito de Andrewsky; traduciéndolo al castellano, para aumentar así las probabilidades de que llegue a manos de Julia[1].

Si mi propósito no falla, Julia me deberá una de las tristezas más dulces que puede sentir un corazón adolorido: leer las últimas palabras de uno que murió recordándonos.

---

1. He dejado sin traducir algunas frases que están en inglés en el original.

DIARIO INTIMO DE MICHEL ANDREWSKY

I

SI alguno, por azar, llegara a leer estas páginas, hallaría un enigma en el nombre que les he dado.

¿He querido decir que en aquellas fugaces horas que pasé con Julia, viendo una película en el cine, desentrañé y comprendí su vida? ¿O bien que la mía perdió desde entonces su serenidad y su fuerza, y fue contagiada de un dolor perenne, el de la esperanza que no puede ser realizada? ¿O bien que ese dolor intenso, manantial de tristeza, lo fue también de pensamientos elevados que purificaron y espiritualizaron mi vida?

¿Qué libé yo de aquella flor? ¿Fue miel...? ¿Fue hiel?

No sé... A veces, mi corazón dice: fue la dicha. A veces, fue el dolor... ¿Qué fue?

No lo sabré sino en el instante de morir,

cuando la luz extraterrena alumbre todos los senos de mi alma. Entonces veré lo que había en ella antes de que la luz cruzara por mi cielo, y lo que hubo después, cuando la divina exhalación se desvaneció...

II

DABAN aquella noche (19 de abril de 1912) el segundo episodio de "La Diosa".

El público veía fascinado las bellas escenas en que Celestia, la pobre muchacha ingenua, sin otras armas que su fe, su candor, la transparencia de sus ojos, y aquel amor que emana de todo su ser, va transformando los hogares entenebrecidos por la miseria o el crimen, en tranquilas mansiones de paz y de trabajo.

Se adivinaba que los pensamientos de mil espectadores convergían en una sola idea; que en la mente de cada uno lucía un arco iris, y que en todos los corazones palpitaba una dulce sorpresa, que podía traducirse así:

¡Y todo eso puede hacer el amor!

Yo también me agitaba, oscilando entre la sonrisa y las lágrimas, y recordando mis años juveniles, cuando mis ojos eran así de límpidos como los de Celestia; cuando yo también tenía un alma, y encontraba fácil reedificar la vida. Estaba embelesado, sintiendo que todo el mal humano es, en realidad, inconsistente,

y que el amor podría disolverlo con tal facilidad como el sol que se eleva disuelve las rastreras nubes de la llanura.

De aquel éxtasis vino a despertarme un hondo suspiro; tan desolado y lamentable, como si se hubiera roto el pecho de donde se escapara.

Cerca de mí, separada sólo por la barandilla del palco, estaba una mujer bastante joven todavía, atrayente y airosa. Era la misma que había llamado mi atención varias noches antes, y a la cual, sin darme cuenta, me había ido acercando cada vez más. A su lado, una niña de unos siete años, vacilaba entre atender al dolor que adivinaba en su madre o a las sonrientes escenas de la pantalla.

—¿Usted se siente mal, señora? insinué. ¿Permite que le sea útil en algo?

—No es nada, contestó la joven, con acento que no alcanzaba a disimular su tristeza; muchas gracias.

—Señora, insistí, perdone si soy importuno; pero Ud. no está bien; ¿por qué no deja que le sirva?

Sin duda había en mis palabras un tono de respeto y sinceridad que la impresionó en mi favor, porque después de un instante de silencio se volvió hacia mí, y respondió amablemente.—Sí, sufro a veces, aquí en la frente, algunas punzadas muy fuertes. Olvidé que estaba en el teatro, y me quejé como si estuviera en mi casa. Dispense que le haya distraído.

En verdad, yo sentía más interés por hablar con la joven que por ver la pantalla, y eso que la escena era emocionante y sugestiva: era el pasaje en que Fernando, el repugnante truhán que vive de la trata de blancas, se convierte en un muchacho honrado y simpático, con sólo haber oído las palabras, y visto la sonrisa de Celestia.

Un aplauso largo y estruendoso coronó el final de aquel acto. Encendieron los focos eléctricos, y pude examinar atentamente a mi vecina.

Tendría veintiséis años; era alta, morena, de ojos negros y penetrantes; cejas pobladas, casi rectas y bastante unidas; orejas muy visibles, y marcadas arrugas hacia las comisuras de la boca. Miraba fijamente, con mirar altanero; y su sonrisa era desdeñosa.

Parecía absorberse en la lectura de los extravagantes anuncios del telón; pero a mí, que la veía tan de cerca, no podía ocultarme los sollozos que se le anudaban en la garganta, ni su respiración entrecortada y casi angustiosa. Hubo un momento en que ya no pudo fingir, y dejó escapar algunas lágrimas, que ocultó escondiendo sus ojos tras el abanico. Viéndola que sufría, me sentí angustiado y ansioso de consolarla. Y también feliz; feliz de que aquellas lágrimas me dieran ocasión de mostrarle mi simpatía.

—Señora, le dije, no me crea usted indiscreto; soy extranjero; no conozco aquí a nadie;

dentro de poco habré marchado, y no podría hacer mal uso de su confianza. Siento un vivo deseo de serle útil. Usted sufre. Sospecho que nadie la comprende aquí, y usted necesitaría...

La joven alzó la cabeza, y con voz que la emoción nublaba todavía, contestó, esforzándose por sonreír:

—¿Pero por qué dice usted eso? Todas las mujeres sufrimos de jaqueca, y las mías suelen ser atroces; por dicha que son breves.

—Oh, la interrumpí, no es la cabeza la que le duele a usted ahora, sino... ¿Permite que le diga mi pensamiento...? ¡Me apenaría tanto ofenderla!

Vi en su mirada afable y curiosa que no le disgustaban mis palabras y continué: —No extrañe que yo lea un poco en usted; soy médico; he visto bastante la vida, y conozco el dolor; rara será la pena que yo no sea capaz de comprender... La de usted...

—A ver, me respondió, no sin cierta ironía, dígame, pues, ¿cuál es mi pena?

—En detalle, no sabría decirla; pero en conjunto sí: sufre usted de lo que sufren muchos aquí en este momento; de lo que sufro yo mismo; sufrimos de considerar la distancia entre el alma de Celestia y la nuestra... ahora tan desemejantes, cuando en otro tiempo se parecían tanto. En usted ese dolor es más intenso, porque usted se le parecía, sin duda, más que nadie... Usted, como Celestia, tuvo un alma celeste, y ahora, al mirarse el alma, no la encuentra como era... es otra... aquella ha huido, o duerme...

(Bajaron el telón y comenzó el acto tercero).

—No; contestó distraídamente, como si hablara para ella sola, y exaltándose al hablar; —¡No ha huido ni duerme, sino que murió!... ¡murió, y fue olvidada...!

Después, tras un breve silencio, y con tono irritado: —¿Pero qué puede usted saber? ¿Por qué dice usted que estoy sola? ¿Quién le habló de mí... horrores, sin duda, como siempre?

—Nadie me habló de usted. Van seis noches que la veo ahí, sola con esa niña. Nadie ocupa el palco que sigue, como si evitaran su compañía, y éste en que estoy ahora yo, queda también desocupado. No saluda usted a nadie ni repara en nadie; aguarda a que salgan los demás para salir usted, y viene antes que los otros. ¿No indica eso aislamiento, ruptura con las gentes? Y luego, sus ojos, su acento, sus sollozos... cualquiera adivinaría, aun sin sentir una simpatía tan grande por usted... ¿no es verdad que yo he adivinado?

Sin contestar a mi pregunta, interrogó a su vez:

—¿De dónde es usted, si no soy indiscreta?

—Soy finlandés; pero hace muchos años que no he vuelto a Finlandia.

—Usted habrá llegado hace pocos días. Porque yo no le había visto, y aquí, si llega un extranjero, en seguida se nota.

—Así es; acabo de llegar del Divisadero, un

dentro de poco habré marchado, y no podría hacer mal uso de su confianza. Siento un vivo deseo de serle útil. Usted sufre. Sospecho que nadie la comprende aquí, y usted necesitaría...

La joven alzó la cabeza, y con voz que la emoción nublaba todavía, contestó, esforzándose por sonreír:

—¿Pero por qué dice usted eso? Todas las mujeres sufrimos de jaqueca, y las mías suelen ser atroces; por dicha que son breves.

—Oh, la interrumpí, no es la cabeza la que le duele a usted ahora, sino... ¿Permite que le diga mi pensamiento...? ¡Me apenaría tanto ofenderla!

Vi en su mirada afable y curiosa que no le disgustaban mis palabras y continué: —No extrañe que yo lea un poco en usted; soy médico; he visto bastante la vida, y conozco el dolor; rara será la pena que yo no sea capaz de comprender... La de usted...

—A ver, me respondió, no sin cierta ironía, dígame, pues, ¿cuál es mi pena?

—En detalle, no sabría decirla; pero en conjunto sí: sufre usted de lo que sufren muchos aquí en este momento; de lo que sufro yo mismo; sufrimos de considerar la distancia entre el alma de Celestia y la nuestra... ahora tan desemejantes, cuando en otro tiempo se parecían tanto. En usted ese dolor es más intenso, porque usted se le parecía, sin duda, más que nadie... Usted, como Celestia, tuvo un alma celeste, y ahora, al mirarse el alma, no la en-

cuentra como era... es otra... aquella ha huido, o duerme...

(Bajaron el telón y comenzó el acto tercero).

—No; contestó distraídamente, como si hablara para ella sola, y exaltándose al hablar; —¡No ha huido ni duerme, sino que murió!... ¡murió, y fue olvidada...!

Después, tras un breve silencio, y con tono irritado: —¿Pero qué puede usted saber? ¿Por qué dice usted que estoy sola? ¿Quién le habló de mí... horrores, sin duda, como siempre?

—Nadie me habló de usted. Van seis noches que la veo ahí, sola con esa niña. Nadie ocupa el palco que sigue, como si evitaran su compañía, y éste en que estoy ahora yo, queda también desocupado. No saluda usted a nadie ni repara en nadie; aguarda a que salgan los demás para salir usted, y viene antes que los otros. ¿No indica eso aislamiento, ruptura con las gentes? Y luego, sus ojos, su acento, sus sollozos... cualquiera adivinaría, aun sin sentir una simpatía tan grande por usted... ¿no es verdad que yo he adivinado?

Sin contestar a mi pregunta, interrogó a su vez:

—¿De dónde es usted, si no soy indiscreta?

—Soy finlandés; pero hace muchos años que no he vuelto a Finlandia.

—Usted habrá llegado hace pocos días. Porque yo no le había visto, y aquí, si llega un extranjero, en seguida se nota.

—Así es; acabo de llegar del Divisadero, un

mineral de Ultralempa. Soy el médico de la Compañía, y allá he pasado tres años. Aquí aguardo un vapor que me llevará a San Francisco, y de ahí seguiré para Europa.

—¿Y es usted médico?

Sí; médico del cuerpo, y algunas veces del alma. Por lo menos procuro serlo. Soy lo que llaman ahora un psicólogo. Estudio la psicología en los libros, y principalmente en la vida.

Callé, y mi vecina se volvió, atenta, hacia el telón.

En la pantalla acababa de aparecer Tomás, el héroe del drama; un muchacho fuerte, esbelto y sencillo; semejante a un hombre que tuviera siempre el alma como de niño. Las miradas de todas las mujeres se posaban en él, placenteras o apasionadas, como si contemplaran realizado el ideal de un hijo, de un novio o de un hermano.

—Señor... ¿cómo es su nombre?

—Michel Andrewsky, señora.

—Señor Andrewsky, ¿cree usted que haya en alguna parte, hombres así, como Tomás?

—¿Por qué no? En Suecia, usted lo sabe, la gimnasia ha perfeccionado la raza. Pero sin ir tan lejos, ahí no más en Estados Unidos, hallaría usted algunos hombres admirablemente formados.

—De cuerpo, sí; pero, ¿y el alma? ¿Ha conocido usted alguno así como Tomás?

—Hasta ahora, no me parece que Tomás sea un héroe.

—Un héroe, no; pero es algo mejor, más deseable... no sé cómo decirlo... algo que valdría más que la vida diaria...

—No comprendo...

—¿Olvidó usted el episodio anterior? ¿Olvidó que cuando Celestia le llama adentro de la cabaña, para ir a dormir, él la deja sola y se va, sencillamente, a pasar la noche bajo los árboles? Lo que es en mi país no encontrará usted un hombre así; al contrario, trataría de practicar inmediatamente el aforismo "de por la razón o por la fuerza".

—Es posible, señora; yo no conozco mucho a sus compatriotas, y no supongo que sean más virtuosos que el resto de los hombres. Pero en otros pueblos, el caso no es tan excepcional. Si alguna vez va usted a Lieja o a Lausana, le contarán que algunos estudiantes rusos viven en el mismo cuarto con muchachas de su país, sin más división que una simple mampara, y sin otro vínculo que ser compañeros de estudio. Y no solamente no las importunan, sino que las protegen, como si fueran sus hermanas.

—¡Parece increíble...! ¿La raza y el clima, sin duda?

—No, porque también en Rusia hay hombres muy brutales en sus relaciones con las mujeres. Es, sobre todo, cuestión de a qué objeto consagra uno su vida. Cuando se vive para cumplir ciertos propósitos desinteresados y graves, no se piensa sino en alcanzarlos. Ese es el caso de los estudiantes rusos y de sus

compañeras: llegan a Europa, a prepararse para una lucha que, casi siempre —ellos lo saben— acaba en la prisión, en el destierro y hasta en la muerte. Con tales pensamientos y tal certidumbre, se comprende que piensen únicamente en su misión. De esa manera, el respeto a sus compañeras les resulta una virtud accesible y nada heroica.

La joven suspiró. —Es hermoso eso que usted me cuenta, dijo. Por haber conocido a un hombre así, por haber merecido su amor, valía la pena de pagar con la vida...

La película seguía desenvolviéndose con más o menos interés, provocando la gritería de los muchachos y los comentarios de los adultos, pero sin emocionar realmente a nadie, sino cuando Celestia o Tomás entraban en escena. Mi vecina parecía embebida en el drama, aunque sospecho que su pensamiento estaba en otra parte. Minutos antes de concluir la velada, se volvió hacia mí, y con tono inquieto y receloso me dijo:

—¿Por qué ha tomado usted este palco? ¿Fue casualidad?

No sin grande emoción pude responder:

—No; ha sido de intento.

—Usted parece saber algo de mí, ¿cómo es posible, si a nadie conoce?

—Yo mismo la he observado durante varias noches.

—¿Y por qué?

—Porque... no sé... me sentía atraído a

contemplarla, y pensaba en usted, así, naturalmente, como si se tratara de una amiga...

Tras de breves instantes de silencio, la joven continuó: —¿Quiere usted saber algo de mí? Es posible que halle usted en mi vida algunos datos que le sirvan para estudiar a las mujeres de este país. Eso interesaría a sus aficiones de psicólogo. Si esto le agrada, venga todas las noches mientras den esta serie. Faltan aún cuatro noches; siéntese ahí donde está, y no dé muestras de fijarse demasiado en mí. Como los chicos meten tanto ruido, podremos hablar tranquilamente. Además, si usted no se ríe de mí, hablaremos en francés. Yo lo hablo atrozmente; pero así hay la ventaja de que nadie nos entenderá.

—Señora, respondí emocionado, no puede usted imaginarse el bien que me hace. Tenga la certeza de que sus confidencias no serán divulgadas.

—¿Divulgadas? Y aunque lo fueran; lo que voy a contarle es más o menos lo mismo que podrían decirle muchas mujeres de mi clase; sólo que ellas no sienten necesidad de hablar de estas cosas, mientras que yo... Hasta mañana, pues, señor Andrewsky.

Y se fue, llevando de la mano a la niña; sin mirar a nadie, y contestando apenas a los escasos saludos de los hombres. Las mujeres aparentaban no verla.

III

HASTA donde puede alcanzar mi previsión, estos recuerdos no serán publicados. Son memorias íntimas, destinadas a un solo lector, que soy yo mismo. Cuando se acerque mi hora, las quemaré, y para el caso de que un accidente inesperado me impidiera destruirlas, mi amigo Enrique Holland ejecutará mi voluntad, como lo podría hacer yo mismo.

Sin embargo... ¿por qué no acariciar esta quimera? Una vaga esperanza me dice que tal vez, por una extraña combinación del azar, estas páginas se salvarán de mí y de Holland... que tal vez llegarán a manos de Julia... y entonces ¡ella sabrá cuánto la amaba!

Bien sé que esto no tiene sentido, y que sería un prodigio que Julia llegara a leer estas memorias. Pero ¿qué corazón amante renunciará jamás a la esperanza de que un día la mujer adorada conozca su secreto?

En verdad, yo amé a Julia desde el instante en que la vi. Estoy cierto de que fue en aquel mismo instante, aunque de ello no tuve

conciencia sino cuando me habló, aquella noche, ofreciéndome sus confidencias. Estoy cierto de que ella también me amó, y que en aquellas cuatro veladas únicas, fugaces como relámpagos, nuestras almas se unieron y se comprendieron...

El destino hizo que ni siquiera pudiéramos hablar de aquel amor. Muda la boca, todo refluyó al corazón, y cada uno cultivó tristemente en su jardín secreto, la pálida rosa de los recuerdos...

IV

A la noche siguiente, cuando ya la atención del público, el estruendo de la marimba y el bullicio de los muchachos, alcanzaron su intensidad máxima, Julia comenzó así su relato:

—¿Ya usted notaría que estoy excomulgada?

—Sí, Julia.

—¿Vio usted que las mujeres no me saludan? Fingen no conocerme, aunque la mayor parte son antiguas compañeras de colegio.

—¿Y por qué entonces...?

—Porque yo no soy una mujer honrada.

—¡Que no es honrada usted! ¿Qué quiere usted decir?

—Quizá me expreso mal; quiero decir que no soy una persona decente.

—¿Pues en qué consisten aquí la honradez y la decencia?

En una sola y suprema virtud: en... tengo que expresarme crudamente, Andrewsky. ¿Qué irá a pensar usted de mí...? ¡Qué locura la mía en hablarle a usted de eso!

—Hable usted, Julia, comó si hablara a un hermano.

Después de vacilar un tanto, continuó:

—Consiste... en que el marido no sufra un desengaño la noche de bodas, y en que luego no tenga motivos para sospechar que un extraño participa de su heredad. Esa gracia carnal, que en otros pueblos sería simplemente una virtud, aquí es la **virtud**. Quien la tiene, o sabe aparentarla, es una mujer honorable.

No crea que se nos pide virginidad de alma, no; que el cuerpo esté bien, y aunque el alma sea un pudridero. Nuestros señores del serrallo son hombres prácticos; no les gusta más que lo positivo (esta era la frase favorita de mi marido). Pues bien, una mujer decente es aquella que tiene y mantiene la gracia de satisfacer ese... positivismo.

Fuera de eso, defraudará a sus criados, explotará los vicios, jugará, será usurera, se cuidará poco o nada de sus hijos, y se meterá en cuanta bajeza o vulgaridad le reporten dinero o distracción... y no por eso dejará de ser honorable.

Por supuesto, la realidad de la tal virtud sólo interesa al marido; para la sociedad, basta con que guardemos las apariencias; con que no demos escándalos. Si no hay escándalo, ya puede uno cambiar de afectos a discreción. ¿Ve usted aquella señora, allá en el segundo palco de la izquierda? Pues ésa irá derecho al cielo, si es verdad que merecen perdón las que han amado mucho. Esa ha amado tanto, que hasta su marido participó, de tarde en tarde, de sus favores. Era obscena, intrigante, venal, inagotable para calumnias y chismes. Pero nunca dio escándalo, y fue, y sigue siendo una señora honorable... Así pensamos en estas tierras.

—¿Pero qué tiene que ver eso con usted, Julia?

—Mucho. Cometí una falta enorme; una de esas faltas que no tienen perdón entre nosotros. Al morir mi marido (me casaron con él por conveniencia) me sentí libre, contenta, y no me cuidé de ocultarlo. Cuando nos casamos, no me era antipático, y aun creo que habría llegado a quererle, si hubiera sido otro conmigo. Fue tirano, mezquino, vulgar. Al cabo de cuatro años de matrimonio, no solamente no le quería, sino que le despreciaba. Su muerte fue mi liberación.

Pero, según la moral de aquí, yo debía aparentar un dolor acerbo; echarme encima durante dos años un trapo negro y feo; no oír música, no ir al teatro, no divertirme de ninguna manera. Dos años de mentira y de fastidio, por haberme salvado de mi verdugo...

—¡Dos años de luto fingido!

—Sí, ni un día menos. Aquí el dolor es exigente; se pesa y se mide: un marido dos años; un hermano, un año; un tío, seis meses.

—¿Y eso también para los hombres?

—¡Ah, los hombres son más felices! Llevan el pesar en la manga de la americana, o alrededor del sombrero. Un pedacito de dolor, de-

tenido con un alfiler. Y con ese trozo de crespón o de cinta, siguen su alegre vida de siempre, a caza de lo positivo.

Pues bien, como le decía, yo no me encerré ni me fingí inconsolable. Unos pocos días, naturalmente, me sentí triste, grave. Al fin y al cabo, el muerto había sido mi compañero, el padre de mi hija, y yo me reprochaba una cosa: creía entonces que cuando una persona tiene largo e íntimo contacto con nosotros, si no se mejora, es porque no queremos o porque no sabemos influenciarla. Estas ideas me tuvieron apenada algunas semanas, y en ese tiempo, sin esfuerzo ninguno, sin pensar en ello, guardé luto, y viví en la meditación y en la soledad. Pero luego reflexioné que, al cabo, bastante hice yo con que mi marido no me pervirtiera: de cuatro años que vivimos juntos, no saqué sino los nervios sobreexcitados y el carácter agrio. No era yo quien podía mejorar a un hombre semejante, pues no soy santa ni heroína. Si hubiera encontrado en él un hombre con muchos defectos y flaquezas, pero con alma y corazón, le habría amado probablemente, o por lo menos, le habría estimado. Pero Jorge no era más que un devorador de biftecs, para quien el cubilete y las casas de placer eran los polos de la vida.

No podía yo sacrificarme al recuerdo de un hombre así. Dejé pronto el luto, y viví como antes, cuando soltera, sintiendo que mi matrimonio había sido una pesadilla, y que, puesto que Dios me devolvía la libertad, podía muy

bien disfrutarla: pasear, reír, cantar, ir al teatro, y también estudiar y trabajar para educar a mi muchachita. Ese fue mi plan de vida. ¿A quién dañaría con ello?

Pero la sociedad no lo entendió así. Las mujeres, sin valor para imitar mi conducta, o embrutecidas por los prejuicios se escandalizaron, y dijeron que me había vuelto loca; que era una histérica; que me hacía falta el varón, y otras groserías peores. Los hombres, especialmente los que habían sido amigos de Jorge, pensaron que una viuda joven y bonita, sin parientes que la guardaran, era una presa fácil, y nada mejor podían ofrecerle que un sustituto carnal del marido. Y como me vieron jovial y amable, me propusieron que me les vendiera... Enamorarme les pareció cansado; comprarme era más práctico...

Y como les despedí con ignominia y les cerré mi casa, se llenaron de despecho, y se vengaron, contando que me habían dejado, **hartos de mí.**

En menos de seis meses, Andrewsky, me atribuyeron cinco amantes... fui la querida de cinco amigos de mi marido. Así lo dijeron ellos; así lo aceptaron mis amigas y todo el mundo...

En aquellos malditos meses, todo mi consuelo era irme por las tardes al cementerio, a rezar y a llorar sobre el sepulcro de mi madre. Pero como no hacía alarde de piedad, ni buscaba las horas más concurridas sino las más solitarias, dijeron que era tal mi lascivia, que

no bastándome con los hombres que recibía en casa, salía a buscarlos al campo...

Entonces me privé de visitar a mi madre en su santa morada, y me encerré con mi hija; primero, a maldecir a estas gentes, después, ¡a llorar! Lloré tanto... De veras, me parece mentira que se pueda llorar así...

V

SI estos recuerdos hubieran de publicarse algún día, sería preciso concluirlos aquí, ya que la confesión de Julia es en ellos lo único que podría interesar a los extraños. Lo que sigue no forma un relato unido, ni siquiera muy coherente. Mas para mí, hay en todo ello un interés igual: el tiempo tan breve que estuve al lado de Julia, infundió un valor indecible a todas sus palabras, a su acento y a su sonrisa, a cuanto en aquellas fugaces horas le sirvió para manifestar su vida interna.

Aquellas breves horas cambiaron mi destino... ¿Cómo no recordar entonces, hasta sus más leves matices? ¿Cómo no convertir en materia de reflexión cada uno de aquellos instantes?

Las confidencias de Julia me hicieron meditar por primera vez, en la significación tan grande que tiene para el hombre hallar un confidente que comparta sus agobiadores secretos. Por el simple hecho de haberme contado sus penas, Julia adquirió a mis ojos un no sé qué

de venerable, que imprimió a mi amor un carácter decisivo de honestidad y de espiritualidad. Pero fue en ella, especialmente, en quien se manifestaron los resultados maravillosos de aquella confesión...

En efecto, a la noche próxima volvió tranquila, con la mirada apacible, casi risueña. El llanto, un copioso llanto, sin duda de esos que disuelven hasta los más espesos sedimentos del dolor, había serenado su alma. Parecía rejuvenecida; lo estaba realmente, a causa de la revelación que me había hecho.

* * *

Mostrarnos, enseñar nuestras llagas, es una necesidad de nuestra naturaleza. No podemos vivir sin confidente. El verdadero solitario, el hombre solo, entre todos; el más aislado de los seres, es aquel que nunca dice a nadie: ¡Mira qué desdichado soy! o ¡mira qué manchado estoy!

Las iglesias hicieron sabiamente instituyendo la confesión.

Pero ¿cuál es el confesor que necesitamos? Un hombre que haya vivido mucho, que haya sufrido mucho; que a fuerza de perdonar a cuantos le hirieron, haya olvidado completamente sus heridas; un hombre que haya renunciado a pensar en sí mismo, y esté ya habituado a pensar únicamente en los demás. Un hombre que no tenga riqueza, partido, secta ni ambiciones, sino únicamente caridad, en aquel grado de que San Pablo dice, que "caridad es plenitud de sabiduría".

Este confesor, este cura de almas, es el amigo de que más necesitamos los hombres. Debe ser anciano, o siquiera alcanzar la edad en que las pasiones se extinguieron, y no ejercer otro ministerio que no sea el de recibir las quejas y las desvergüenzas de las almas.

Una época en que la confesión se organice así, será de veras, envidiable. Nosotros, desgraciados hombres de este siglo, estamos condenados a llevar sucia el alma. Muchos nos cuidamos del cuerpo, y nuestra limpieza corporal es casi un arte ya. Pero ¿y el corazón? ¿Quién nos ayudará a purificarlo? ¿Un amigo? El amigo de ahora puede ser el enemigo de mañana. ¿El hermano, la hermana? ¡Qué raro es tenerlos sin que el tiempo, el interés, o simplemente el prurito de dominación, no los alejen de nosotros! Aun el padre, aun la madre son incapaces de oírnos confesar, porque no nos comprenden; porque tienden a vernos como si fuéramos siempre niños; porque tienen su manera fija y personal de juzgar de las cosas, y porque ellos mismos van cargados con su propia cruz.

No; el confesor ha de ser aquel que nunca tenga motivo de traicionarnos: un hombre que haya renunciado a la patria, a la familia, a la

fama, a sí mismo; uno que ya no sienta ninguna dependencia del mundo y de la carne, y que, en lo más íntimo de su corazón, pueda decir con entera verdad: yo soy en la tierra un oído del Cielo. Cuando escucho, es Dios quien escucha. Mi función es oír, aliviar, olvidar...

VI

SEÑOR Andrewsky, comenzó Julia, al reanudar la conversación de la noche anterior, creo que usted me habrá juzgado muy descocada o muy indiscreta. Y bien lo merezco, pues vine a referirle a usted, a quien veía por primera vez, cosas personalísimas, que no podían importarle. Le habré fastidiado de seguro.

—No, Julia, bien sabe usted que no. Pero sí encuentro raro que una mujer de este país sienta y piense como usted. La encuentro muy rebelde para haber sido educada en El Salvador.

—Precisamente, de eso debí hablarle, y no de mis intimidades. Debí contarle cómo me educaron a mí y a mis compañeras. Un hombre del Norte, como usted, encontrará grandes contrastes entre lo que se hace de una mujer allá, y lo que se hace entre nosotros. ¿Le interesará ese relato?

—Sin duda que sí; pero deje que le pregunte una cosa antes.

—¿Qué cosa?

—¿Fue, de veras, tan culpable su marido como Ud. me decía anoche? ¿Le ha perdonado Ud.?

—No sé... no... quizá más bien era un pobre ignorante, acabado de pervertir por eso que llamamos aquí alta sociedad. No se puede decir quién sea culpable y quién no; nos martirizamos unos a otros, y sufre más el más débil, eso es todo. En cuanto a perdonarlo, creo que nunca le aborrecí; vivir junto a él era un martirio, y me sentí feliz de hallarme libre. Pero no le guardé rencor, y ahora, cuando pienso en él, es más con lástima.

—Cuénteme ahora, pues, lo que fue su educación; y si quiere, permita que fije yo el orden del relato; ¿le parece?

—Me es igual. ¿Por dónde quiere que comience?

—Por el principio; es decir, por lo que debe ser, a mi juicio, el principio de una autobiografía.

—¿Usted dirá?

—Es el momento en que uno comienza a comprender los sucesos y a reflexionar sobre ellos. Antes de eso, creo yo, todas las vidas son iguales, puesto que son la vida animal. La verdadera vida comienza cuando el alma hace su advenimiento.

—¿De manera que, según usted, no tenemos alma al nacer? ¿No tenemos espíritu?

—Espíritu sí; alma no.

—¿Pues qué diferencia hay entre uno y otra?

—Esta: imagínese usted un diamante en bruto. ¿Es un diamante?

—Es, sin duda.

—¿Y en qué consiste su **diamanticidad,** si me permite esa palabra? En la fuerza que dio a sus átomos una constitución especial, y los mantiene en una cierta y constante relación entre sí. Esa constitución íntima es, digamos el **espíritu** del diamante. Ahora, cojamos esa piedra informe, démosle pulimento, facetas, nitidez, y el diamante brillará, **hablará,** nos dirá lo que es, habrá adquirido un alma. Así, nuestra alma, es nuestra **capacidad** de manifestación; no solamente se adquiere, se ensancha y se vigoriza, sino que se debilita, se embota y se atrofia.

—Entonces ¿podría uno influir, a voluntad, sobre su alma, para tener **más,** para mejorarla?

—Podría, Julia.

—¿Y de qué modo? Esto me interesa de veras.

—Queriendo. Fíjese bien en la palabra: **queriendo,** es decir, deseándolo intensamente, y empleando el medio único e indispensable.

—¿El medio? ¿Qué medio?

—El desprendimiento. Pero entiéndame bien, no se trata de dar limosna; podría usted dar cuanto tiene, volverse una mendiga y no ser por ello mejor que antes. Todo eso puede practicarse sin que el alma se mejore en un ápice.

—¿De qué se trata, entonces?

—Se trata de desprenderse de **sí mismo;** de perder el orgullo. ¿Recuerda usted su catecismo, al hablar de los pecados capitales?

—Sí, el primero, soberbia.

—Exacto: el primero y el mayor de todos, y seguramente el que más estorba el advenimiento del alma. Si no hay soberbia en usted, verá todas las cosas de manera muy diferente de como solemos considerarlas: las estrellas no le parecerán hechas para alumbrarnos, ni los peones para servirnos, ni los pájaros para cantarnos, ni las rosas para recrearnos; sino que en todos hallará usted criaturas que tienen su **propio** espíritu, que viven su **propia** vida, que siguen su **propio** camino; que tienen un alma, como usted, y como usted, una voz, un pensamiento y una conciencia. Tanto peor si no ve usted sus miradas ni escucha sus palabras; señal de que será ciega y sorda. Ceguera y sordera tienen un mismo nombre: soberbia.

—Señor Andrewsky, esto que usted me dice es nuevo para mí; acaso no penetro mucho en sus palabras, pero siento que son una levadura, y que tal vez harán nacer en mí pensamientos y designios inesperados... Dígame ahora, ¿y el amor? ¿No conduciría más pronto a eso que usted llama...?

—Sí, el amor es inmensamente más eficaz. ¿Pero cómo se adquiere? Habría que preguntarlo a los santos y a los ángeles. ¿Cómo se puede amar a un leproso, a una fiera, a un animal inmundo? Jesús, Budha, Francisco de Asís, lo supieron. ¿Cómo se puede hallar el mismo

deleite en las llagas de Lázaro que en el óleo de la Magdalena? Yo no sé. Me figuro que eso es lo que la religión llama la **Gracia:** una luz que nos viene de lo Alto, y que no se puede adquirir por ningún medio humano. Es un **don.** ¿A quién se da? ¿Por qué? No se sabe. Por mi parte, me siento tan inepto para amar ciertas cosas, que ni siquiera pienso en ello...

—¿Y lo otro, de que me habló primero? ¿El desprendimiento, decía usted...?

—Lo otro, sí. No podemos aprender el amor, pero sí el respeto. Y en ello sólo hay tanta virtud, que el mundo se transformaría si nos aplicáramos a comprenderlo...

Sentí, al decir esto, que me estrechaban la mano. Julia había pasado su brazo a través de la barandilla, y había apretado larga y efusivamente mi mano izquierda, reteniéndola algunos instantes...

* * *

Aquel contacto de nuestras manos fue todo lo que el amor de Julia pudo darme. Fue como una exhalación en una noche obscura; instantánea, fugaz... ¡pero tan luminosa y divina, que todos los misterios del cielo se transparentaron a mis ojos!

VII

AL salir del teatro, en vez de encaminarme a mi hotel, vagué por la ciudad, bañada aquella noche por una de esas lunas de plata que sólo pueden verse en aquellos países. La atmósfera era tan diáfana que las estrellas parecían haberse acercado hasta ser accesibles, y más que fijas en el cielo profundo semejaban copos de luz que vinieran cayendo, lentamente, mecidos por una brisa vagarosa. Sirio, como una argentada margarita, ascendía al zenit; debajo, como remolcada por el grande astro blanco, los azules ojos de Canopo despedían zafiros sobre el éter, y al otro lado como si fuera a hundirse en el cráter del volcán, Venus apacible esparcía su luz melancólica sobre las ciudades y los campos dormidos.

La impresión de la mano de Julia, cálida y palpitante aún, me sumergía en un mar de indefinibles sensaciones que sólo podían cristalizarse por la virtud del movimiento. Mas, sobre todo, agitaba mi espíritu el recuerdo de mis propias palabras y del efecto que ellas habían causado en el alma de Julia. Tengo aún

conciencia de que aquella noche dije palabras sabias y bellas; de esas que hacen florecer una ortiga como si fuera una azucena.

Me daba cuenta, mientras vagaba por las calles, que el alma de Julia, herida, exasperada, nublada por el odio, había estado en mis manos, como una avecita cansada y dolorida, y que ahí, mientras yo la acariciaba dulcemente, de mi boca había brotado un manantial de agua viva, bajo cuyas ondas puras y serenas, aquella pobre alma se había ido lavando, lavando, hasta quedar como una rosa recién abierta, bañada en el rocío de la mañana.

¡Tal milagro era mi obra...! Pero yo sé que, de ordinario, soy incapaz de pensar y hablar así. Mis palabras habían surgido de una fuente más rica y más honda que la de mi cerebro. ¿De mi corazón, acaso? No sé: pero sí recuerdo que yo mismo fui sublimado por su rara virtud; que a su influjo, mi amor se espiritualizó en tal medida, que más que amor de hombre carnal, fue amor de padre, de hermana solícita, de madre que vela por su niño.

¿Por qué un estado de ánimo así no puede mantenerse? ¿Por qué, si ya hemos ascendido al Cielo, caemos de nuevo a tierra y sentimos de nuevo todos los anhelos de la carne...?

Por ventura, yo no caí violentamente. Los apetitos, el enojo de no haber sido ante aquella mujer adorable, **más hombre;** de no haberla fascinado y conquistado, vinieron más tarde, ya lejos de ella, cuando extinguida la voz misteriosa, hablaron en mí la carne y el deseo.

Pero en aquellas horas que disfruté del alma de Julia, la bestia estuvo quieta y muda. Y sólo en el instante de partir, cuando me di cuenta de que la dejaba para siempre, ¡para siempre...! sólo entonces subieron de mi corazón y de mi sangre, en tumultuosas oleadas, las palabras de fuego que habían estado comprimidas en las profundidades de mi ser.

En aquel instante quise hablar... y era tarde ya...

VIII

JULIA vino esta noche con un vestido lila muy suave, sembrado de menudas violetas. Sobre su pecho lucía un haz de pensamientos purpurinos con manchas de oro vivo. Sus ojos destellaban serenidad y gozo, y por su tersa frente no pasaba ninguna sombra. ¿Era el amor? ¿Era el alivio de haber hallado un depositario de sus penas?

—Good evening, friend, dijo fraternalmente, con un acento que vibra aún en mi oído como si acabara de escucharlo.

—¿Cómo está, Julia? ¿Cómo van esos pensamientos? ¿Reflexionó todavía anoche sobre lo que hablamos?

—Sí, Andrewsky, y espero que mis pensamientos irán lejos, muy lejos. He de contarle en breve lo que he pensado. Es **inmenso,** es... ¿cómo se dice...? algo que va más allá... que...

—¿Algo **trascendental?**

—Eso es; trascendental. ¡Vaya una palabra!

Parece inventada para atemorizar a las gentes...

—Tal vez sí. ¿No sabe usted el origen de esa palabra?

—No, ni sospechas.

—Pues cuentan en mi tierra los estudiantes de filosofía, que el tal vocablo imita el redoble de un tambor: **¡tras, cen, den, tal!** Lo mismo que el de un redoblante, el de esa palabra es un sonido que impone, que se oye de lejos, y le incita a uno a pararse militarmente, erguido, tieso y solemne. Y así como el sonido del tambor proviene de un instrumento hueco y árido, así lo trascendental encubre la ausencia de ideas, la confusión, la vaciedad.

—¿De modo que se ríen ustedes de las cosas trascendentales?

—Un poco.

—¿De modo que no hay en la vida cosas de trascendencia?

—Sí las hay, por supuesto; sólo que las más serias y hermosas no llevan ese nombre. Cuanto más elevadas y fecundas son, menos adjetivos soportan. A veces, ni siquiera se sabe cómo llamarlas.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Por ejemplo, la raíz del árbol, que ni se ve, ni se oye, ni se piensa en ella; sin embargo, todo el árbol está ahí: el tallo, la rama, la flor, el fruto. El musgo de su tronco, las hojas de sus ramas, y hasta el pájaro con su nido y sus cánticos, todos son creaciones de la raíz.

La raíz las ha creado y las mantiene. Ahora, ¡vaya usted a llamarle trascendental a la raíz! Sería ridículo. La raíz no trasciende; no va ni viene, sino que **es**; de manera que la llamamos, pura y simplemente, raíz.

—Pobre de mí, entonces, contándole mi vida tan insignificante, a usted, que tiene esa manera de juzgar. Pero más vale así; no querría que me hiciera favor.

—¿Sabe usted, Julia, que ya voy perdiendo la esperanza de oír esa historia? No llega nunca, y mientras, me hace usted hablar, exponer mis ideas y mis sentimientos; de manera que quien cuenta soy yo... Sería usted admirable para juez o para espía, ¿no cree?

Julia se sonrió. Su sonrisa tenía algo de la placidez infantil, y su mirada era serena y dulce. Hablaba con tono apacible, sin ninguna sombra de acritud. No se esforzaba por mostrarse contenta, sino que lo estaba realmente.

—Señor Andrewsky, dijo, voy a comenzar ahora mismo. Este era... ¿No es así como se empieza un relato?

—Sí: **este era**... o si no, **había una vez**...

—Exacto. Una vez, pues, iba yo con mi marido de Lausana a Florencia. Apenas comenzaba a caminar el tren, cuando entró a nuestro departamento una joven con una maleta en una mano y un paquete en la otra. Sonrió al vernos, con sonrisa cordial; colocó su maleta en el sofá, respiró un momento, y luego, con el tono más natural del mundo, se dirigió a mi

marido, indicándole la maleta, y le dijo: haga el favor de subirla; es muy pesada para mí.

Mi marido le hizo una sarta de cortesías antes de subir la maleta; pero la joven no le veía, pues se hallaba ocupada en mullir el sofá y el cojín, para descansar. Se acostó en seguida, se estiró, y señalando la manta de viaje doblada a sus pies, indicó a mi marido que la cubriera. Jorge se apresuró a cubrir a la joven.

—Gracias, dijo ésta. Hace frío: ¿ustedes no sienten?

Y cerró los ojos, como para descansar mejor. La recién venida era una mujer alta, ágil, esbelta: un cuerpo lleno de energía y de gracia. Su fisonomía era expresiva, sin contorsiones; el cutis fino, moreno, algo quemado, como si anduviera mucho al sol; el cabello castaño, partido al medio, y anudado hacia atrás con una horquilla acareyada. Ni un afeite en la piel, ni un artificio en el peinado, ni un adorno en el traje. Tenía la virilidad y el desembarazo de un hombre, con la gracia y el encanto de una joven.

Yo la contemplaba, admirándola; no sabiendo qué me causaba más sorpresa, si su rebosante simpatía o la extrema simplicidad de sus maneras. Acostumbrada yo a la cortesanía palabrera y gesticulante de mi tierra, dudaba si aquella manera de presentarse era la suma distinción o la suprema vulgaridad.

La joven se estuvo así, inmóvil, dormitando casi una hora. Luego abrió los ojos, se enderezó ágilmente, recogió la manta, dándosela a

Jorge para que se la doblara, y se dirigió a mí con voz alegre y risueña mirada.

—Estaba cansadísima. Fui con una amiga, esta mañana, a navegar un poco en el lago, cerca de Onchy; nos olvidamos del viaje, luego tuvimos que correr para que no nos dejara el tren, pero ya estoy algo descansada, y con el almuerzo me acabaré de reponer. ¿No almuerzan ustedes todavía? Yo sí, porque tengo apetito.

Desenrolló su paquete, y sacó un trozo de pollo asado, un vaso para el agua, un pedazo de queso y unas uvas. Nosotros también sacamos de la cesta un frugal almuerzo de camino de esos que llegan a vender a las ventanillas del tren.

—¡Oh! —exclamó de pronto nuestra compañera de viaje— ¡qué aturdida soy! ¡Pues me olvidé de comprar el pan! ¿Tienen ustedes suficiente?

—Aquí hay, señorita, todo el que usted guste, contestó Jorge.

—Entonces deme usted, porque de veras, me fastidiaría almorzar sin pan. Si les falta, no será mucho, ¿verdad? ¡Y qué buen pan trajeron ustedes! Está excelente.

Comía con grande apetito, y daban ganas de imitarla. Partió el trozo de pollo en dos pedazos desiguales, y me ofreció el más pequeño.

—Tome usted esta pierna, no está mala; eso sí, se la doy con la mano, porque también

olvidé los cubiertos. Y se echó a reír con una risa franca y bulliciosa.

No quería yo aceptar, diciendo que teníamos bastante almuerzo, y que a ella podría faltarle.

—¿Por qué no acepta? Puesto que se lo ofrezco, es que tengo de sobra. ¡Vaya, tome usted!

El conductor pasaba en aquellos momentos, y con un pretexto cualquiera entró a nuestro departamento. Fingió que examinaba un vidrio roto, y se detuvo a mirar a la joven.

—¿Usted gusta, señor Renault?

—Mil gracias.

—Le ruego que cuide de mi amiga. Yo arreglaré al llegar a Milán.

—No tenga cuidado, señorita; haré lo que usted desee, respondió el conductor, y se retiró muy contento.

—¡Qué les parece!, continuó Elsa —así se llamaba la joven— ¡si me viera Gustavo! Hace dos días que estoy coqueteando con el conductor. ¿Pero qué remedio? A mi amiga le ocurrió una dificultad de dinero, y no podía interrumpir su viaje. Yo no tenía más que lo indispensable para mi tiquete. Por dicha el conductor se ha enamorado un poquillo de mí, y por agradarme, se ha mostrado muy deferente con mi amiga. Me cree soltera, y no ha cesado de hacerme la corte. Mañana, cuando lleguemos a Milán, y vea a mi marido esperándome en la estación, sufrirá un ligero desengaño; pero, en cambio estos tres días se habrá divertido.

—¿De modo que es usted casada?, preguntó Jorge.

—Desde hace cinco años. A usted no hay para qué ocultárselo, pues no necesita creerme soltera para subir y bajar mi maleta. ¿Quiere bajarla otra vez?

—¿Y dónde está su marido?, repliqué, riéndome de ver a Jorge tan sumiso y tan atareado.

—En Milán; es ingeniero, y vino para trabajar en la instalación de una fábrica. Ahora le han contratado para nuevos trabajos, y vengo para acompañarle. El pobre estará muy fastidiado, sin quien le cuide. Y luego yo le puedo ayudar en algo.

—¿Y desde dónde viene usted?

—Desde Gellivara, al Norte de Suecia. Ahora tengo cinco días de viaje, y estoy muy cansada; así es que voy a dormir unas cuantas horas.

Se levantó, fue a lavarse las manos, sacó un espejito del carriel, y se arregló el cabello. Luego hizo que Jorge le subiera de nuevo la maleta y que le alcanzara la manta de viaje, y se volvió al rincón, despidiéndose de mí con una graciosa sonrisa. Ya arreglada para dormir, nos dijo, sin volverse: —No se cuiden de mí, que no me quita el sueño nada. Hagan de caso que no hay nadie; ¡ya verán qué bien duermo!

En efecto; a los pocos minutos, su respiración acompasada y un ligero ondular del plaid sobre su pecho, indicaba que dormía profundamente.

Sin saber por qué, al verla así dormida me imaginé que era mi madre, mi hermana... no sé qué... Me sentí muy triste, y con deseos de llorar. Para que Jorge no me viera, me acosté también, e hice que dormía.

Elsa despertó ya muy tarde, y se fue a comer con su amiga, a quien acompañó hasta las nueve o diez de la noche. Cuando regresó nos encontró ya acostados; mi marido durmiendo y yo desvelada.

No podía conciliar el sueño. Las impresiones del camino, la nerviosidad propia del que viaja por primera vez, la idea de que dentro de pocas horas llegaría a una gran ciudad de Italia, célebre por su historia y por sus monumentos, todo eso bullía en mi cerebro produciéndome un pertinaz insomnio. Mil pensamientos incoherentes, mezclados a raras fantasías y a extravagantes recuerdos me asaltaban, sumergiéndome en ese estado indefinible de la mente, que va y viene entre la lucidez y el delirio.

Como a las doce de la noche, Elsa despertó, y sintiendo que me rebullía en mi sofá, se enderezó un tanto y me dijo:

—¿Usted no duerme, Julia?

—No; estoy enteramente desvelada.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente mal?

—No, gracias; es nerviosidad, calor, angustia, falta de aire quizá.

—Levántese, vamos al comedor a beber un vaso de agua fresca, y luego iremos por los pasillos, para que respire usted aire libre. Eso le hará bien, venga.

Salimos, y en efecto, el aire libre me calmó los nervios; pero en vez de sueño, lo que sentí fue deseos de quedarme levantada, gozando del silencio y de la soledad. Después de pasearnos un poco nos fuimos al salón, donde Elsa preparó una limonada para mí y una taza de té para ella.

Sentadas frente a frente, y mientras bebíamos nuestro cordial, Elsa me dijo con tono mimoso:

—¡Vaya, chiquilla! Usted necesita que yo le sirva de mamá esta noche. ¿Quiere que le cante una canción de cuna, que le cuente una historia de aparecidos, o un cuento de hadas?

—No, Elsa; pero si usted quisiera ser buena conmigo, yo le preguntaría muchas cosas.

—Pregunte, curiosilla, y ya verá que seré buena con usted.

—Es que mis preguntas le parecerán impertinentes, y temo que se va usted a ofender.

—Bien, ensaye, y si me ofende, nada nos costará cambiar de tema. Además, una mamá no se ofende por las impertinencias de su nena.

—Dígame, Elsa, ¿ha viajado usted sola otras veces?

—Muchas; me encanta viajar sola, porque es un excelente ejercicio de disciplina personal.

—¿Y ha viajado enteramente sola, sin oposición de su marido?

—¡Oh! mi marido no tenía de qué inquietarse; él sabe que en los trenes se está bien, y

que yo me valgo perfectamente. Aun en caso de accidente o contratiempos, yo me bastaría a mí misma. Soy fuerte, ágil y nada miedosa.

—Sin duda, sí; pero, no es eso lo que deseo saber; quería decir... si su marido no encarga a nadie que la vigile, qué la cuide, para que usted no vaya a...

—¿A ser insultada por algún hombre irrespetuoso? No; en Europa del Norte eso no sucede ya nunca, y creo que en el Sur tampoco.

—Comprendo, Elsa, pero... la verdad es que yo no sé cómo expresarme, y temo de veras que se sienta injuriada si...

—¡Vaya una chiquilla escrupulosa! Hable Julia, tranquilamente, que yo daré respuestas sinceras, a preguntas sinceras. ¿Qué puede haber más natural?

—Bueno, Elsa: quiero decir, si su marido no la hace vigilar en sus viajes, para que usted no cometa una falta... de recato...

—¿Lo hacen así los maridos de ustedes?, preguntó Elsa, con sonrisa entre caritativa y burlona.

—Sí; padre, madre, hermanos, marido, todos cuidan de que una no vaya nunca sola; si no hay una persona adulta que nos acompañe, aunque sea una chiquilla nos dan para que nos cuide. Es la costumbre.

—Muy raro, ¿sabe, Julia? Son todavía las viejas ideas españolas sobre la perfecta casada, y sobre que la mujer es naturalmente frá-

gil y perversa. Creí que ya nadie pensaba así en nuestro tiempo.

—¿Y cómo piensan aquí en Europa?

—Le diré, Julia, yo no conozco la Europa del Sur sino por referencias; como no quiero contarle nada de que no esté segura, sólo le diré cómo se piensa en mi país. En mi país la mujer, pasada la menor edad, es libre.

—También entre nosotros, la ley nos otorga libertades a cierta edad.

—Sí, pero no se trata de leyes sino de costumbres, de **modos de pensar.** En Suecia, pues, entendemos, entre la gente de verdadera cultura, que la mujer, por ningún concepto ha de someterse al hombre, si no es por su espontánea voluntad, y mientras esa voluntad persista. Yo, por ejemplo, no dependo ni de mi padre, ni de mis hermanos, ni de mi marido. Ni más ni menos como ellos, que no dependen de mí. ¿Qué tiene, pues, de particular que viaje sola?

—¿Pero no cree usted, Elsa, que eso es un... desorden? Usted es una mujer excepcional, y su marido hace bien en confiar en usted; pero ¿serán así todas, y merecerán igual confianza?

—¡Qué ingenua criatura es usted, Julia, y con qué lealtad defiende su posición de esclava del hombre! Pero advierta que aquí no se trata de merecer la confianza de un amo, sino de un derecho nuestro, que nadie puede abolir ni limitar; se trata de que yo soy absolutamente dueña de mis actos, por la buena y

única razón de que yo no soy la hija de mi marido; de que él no me formó ni me crió; de que vino a mí, como fui yo a él, en igualdad de condiciones: por la voluntad libre y espontánea de cada uno. Si mi propia madre, al ser yo mayor de edad, ya no tiene derechos sobre mí, ¿por qué los ha de tener un extraño?

—Pero usted, Elsa, al casarse, habrá jurado fidelidad a su marido, lo mismo que yo al mío. Y entonces...

—¿Entonces qué? Le prometí fidelidad, como él a mí, y es una promesa fácil de cumplir. Le prometí fidelidad, no esclavitud; lealtad, no servidumbre. ¿Qué le importa a él que yo vaya y venga, y trate a quien yo quiera, mientras yo no lo engañe? Y no hay ninguna necesidad de tal engaño, Julia. ¿Le sorprende a usted eso?

—¡Vaya, Elsa! ¡Pues no había de sorprenderme! La creerían loca, allá entre nosotros, si fuera usted a predicar esas cosas.

—¿De veras? Pues no iré, y si voy alguna vez, me guardaré bien de predicar nada. Tampoco soy aficionada a propagandas.

—Mire, Elsa, yo la comprendo a usted, aunque se me hace duro, porque sus palabras contrarían todas mis ideas. Sin embargo, pongámonos en lo peor, puesto que somos de carne. No siente usted ahora dificultad ninguna en serle fiel a su marido; ¿pero está segura de que jamás sentirá inclinación, amor por otro hombre?

—¿Segura? De ninguna manera; ¿quién puede estar segura de tal cosa?

—¿Ya ve? Pues ahí quería yo llevarla: supongamos que mañana usted sintiera una inclinación, un amor, una pasión tal vez. ¿Cómo se arreglaría usted, con esas sus doctrinas tan radicales?

—Muy fácilmente, Julia: si era una simple inclinación, la combatiría yo sola, segura de vencerla; pues una inclinación, de cualquier género que sea, se domina siempre con un poco de voluntad. Si era un amor, se lo contaría a mi marido que es hombre culto, y que sabe que enamorarse puede ser a veces una desgracia, pero nunca un crimen. El me ayudaría a curarme, aconsejándome, viajando, o distrayéndome de cualquiera otra manera. Si era una pasión, una locura, una ceguedad invencible, entonces me separaría de mi marido, diciéndole: me separo de ti, porque no estoy segura de mí misma; porque no me siento con fuerzas para mantener mi promesa de fidelidad. Para no ser desleal contigo, recobro mi libertad y me voy.

—Y entonces, Elsa, su marido de usted, ¡Dios la guarde, la mataría de un balazo o de una puñalada!

—¡Oh! no. Sin duda nos quedan todavía en el campo y entre el bajo pueblo de las ciudades, algunos brutales capaces de una atrocidad tal. La educación no es todavía entre nosotros bastante amplia y honda para lisonjearnos de que tales estúpidos hayan desaparecido ente-

ramente. Pero la gente cultivada, que es una gran parte, es incapaz de obrar así.

—Verdaderamente me sorprende, Elsa. Quiere decir, en fin de cuentas, que en su país de usted no hay matrimonio. Con esas ideas suyas, ¿qué vínculos quedan entre usted y su marido?

—¿Qué vínculos? El amor, mientras subsiste, que allá, como en todas partes, es todopoderoso. Luego la estimación propia y el respeto a la sanción social, que entre gentes cultas, puede mucho. Y después, cuando vienen los hijos, los deberes terribles que contraemos para con ellos. Entre nosotros, el niño es el verdadero amo y señor del matrimonio; el único que verdaderamente tiene derechos, y a quien se le debe todo sacrificio; mientras no los hayamos criado y educado, somos verdaderamente sus esclavos. Ante los derechos del niño, todas esas suspicacias, exigencias, instintos y atavismos del amor propio y de la animalidad, tienen que someterse y callarse.

—Pero dígame, Elsa, ¿hablaría usted en esos términos y con tanta seguridad si estuviera su marido presente?

—Sin duda, y no sería la primera vez, puesto que estas cosas las tenemos habladas y entendidas desde antes de casarnos. Usted comprende, Julia, que si marido y mujer no pensaran exactamente lo mismo sobre este asunto, no podría existir verdadera y franca independencia. La libertad sólo existe entre iguales.

—¡Es extraordinario! No me lo habría imaginado nunca. Pero hay todavía una duda. ¿Cómo

recibiría su marido la noticia de que usted le dejaba para irse con otro hombre?

—Como un gran dolor, como una desgracia muy grande; como se recibe la noticia de que murió nuestra madre o nuestro hijo. ¿No estamos todos sujetos a tales desgracias, por el sólo hecho de existir? Esa es la crueldad de la vida, y es irremediable.

—Le digo, Elsa, que son todos ustedes admirables, **si practican** esas sus doctrinas. En cuanto a nosotros, estoy calculando cuántos años necesitaría usted para convencer a un marido celoso, de que sus celos no le dan derecho para vigilar a su mujer, para encerrarla, para ultrajarla, y para matarla, si al caso viene.

—No gastaría ni un minuto, amiguita, porque no debemos desperdiciar nuestro tiempo. Estas son simplemente, cuestiones de cultura. Donde quiera que yo me encuentre con un hombre de tales ideas, ya sé que estoy en presencia de un primitivo, de un semibárbaro, para quien la mujer es todavía la **hembra.** Frente a su hembra, él se siente y se conduce como un macho: eso es todo. Estamos en el terreno de la animalidad, pura y simple, y ahí no valen argumentos. ¿Qué le diría usted a un gallo que se lanzara contra otro, sólo porque aparece en el corral una gallina? Nada, seguramente.

—Sí, bien puede ser así; pero confiéseme una cosa; y es que se necesita mucho valor para profesar y practicar las ideas de usted, y que no habrá muchas mujeres que lo hagan.

—¿Valor? Sin duda que sí. ¿Pero acaso se puede vivir dignamente si no se es valeroso? Toda vida elevada supone valor; si éste falta, la vida rueda de abdicación en abdicación, hasta ser indigna y abyecta. Fíjese, Julia, que sólo se miente cuando se tiene miedo, y que en el fondo de toda palabra o acto mentiroso hay una cobardía. Sólo el valor nos salva a cada instante de caer en el vilipendio, en el servilismo, en la esclavitud, en toda clase de ruindades.

En esto, querida Julia, los suecos mantenemos y cultivamos la tradición de nuestros antepasados los nórdicos, para quienes la virtud suprema era el **valor.** El valor era su dios. Sólo que, mientras ellos cifraban su gloria en morir valerosamente en un combate, regando el campo con su sangre, nosotros la ciframos en **vivir valerosamente**; es decir, en habituarnos a decir y hacer la verdad, en todo momento, cueste lo que cueste. Sin duda que eso requiere valor. Pero tal es el precio y la condición de una vida que merezca vivirse.

Con esto, Elsa se levantó, vino hacia mí, y abrazándome por la cintura, me llevó a la plataforma delantera del carro, a que contempláramos el paisaje.

—Venga, queridita, me dijo; no está bien pasarse tantas horas charlando, cuando se camina por entre las montañas y los lagos de Suiza. Estos bosques de abetos, estos torrentes, esas cimas blancas, son maravillosos, y quién sabe si pudiéramos verlos otra vez...

Ahí nos estuvimos, enlazados los brazos, hasta las primeras horas de la madrugada, en que nos fuimos a dormir.

Al mediodía llegamos a Milán, donde Elsa nos dejó, y nosotros seguimos para Florencia.

Aquel día, Andrewsky, reflexioné por primera vez. Comprendí mi vida, y me sentía desgraciada.

IX

JULIA no habló más aquella noche. Acaso el recuerdo de Elsa la enternecía demasiado, o quería revivir en su imaginación los detalles del viaje que acababa de referirme. Ello es que el resto de la velada me pareció completamente embebida en las hazañas de Celestia, de Tomás y de sus perversos enemigos.

Celestia causaba en ella una impresión muy viva; comparaba tal vez el carácter de ésta con el de la joven sueca de quien me había hablado; y seguramente se preguntaba con amargura: ¿Por qué no ser como una de ellas?

Al despedirse me dijo con voz conmovida: —¡Hasta mañana! No falte, que tal vez no volveré más a este teatro, y quiero terminar mi historia. Luego repitió marcando las sílabas y con acento extraño: ¡Hasta mañana...! ¿Que quería decir...?

A la próxima noche, apenas me hubo saludado, abordó el asunto.

—Andrewsky, esta noche concluye la representación de **La Diosa** (su voz temblaba al de-

cir esto), y apenas me queda tiempo para concluir mi historia.

Quedamos cuando mi compañera de viaje se despidió de mí en Milán, y cuando yo, pensando en sus palabras de aquella noche, me sentí triste y desgraciada.

He aquí por qué: me figuro que apenas se hallará uno entre diez mil, que al examinar su vida presente no advierta la enorme diferencia que hay de esa vida a la que él deseó y proyectó en otro tiempo. No somos lo que pudimos ser (usted lo decía la primera noche que hablamos); en la frente de cada uno debería escribirse la palabra **fracaso,** y el mejor epitafio para nuestro sepulcro sería casi siempre este: "Aquí yace otro que luchó y fue vencido". Para no pensar en ello es necesario aturdirse con el trabajo, con los placeres, con algo que nos haga olvidar. Pero cada vez que escapamos al aturdimiento, es imposible que el corazón no sangre.

Eso me sucedió a mí aquel día. Por primera vez sospeché esta cosa terrible: **que yo, no era yo.** Yo, como debía ser, estaba allá, en mis primeros años, en los días en que dejé mi casa para ir al colegio. Y yo, de ahora, era otra; era una extraña, a quien desearía no conocer y que para nada me era simpática.

Hasta aquel momento me había creído **viva,** y estaba contenta. Ahora me sentía muerta. Los demás, como yo misma, me creían viva; pero ahora, yo sabía que estaba muerta, y que

la que parecía existir, era nada más que un fantasma.

Me puse a meditar cómo había sido yo, si no hubiese muerto. Asistí a mi resurrección, y he aquí lo que encontré. Era una niña de quince años; tenía un cuerpo robusto, ágil y vigoroso; el aire, el agua y el sol le habían dado ternura; el sueño tranquilo y prolongado, esa energía y facilidad de movimiento que expresa con tanta exactitud la palabra **souplesse.** La rectitud del pensamiento y el acuerdo íntimo de éste con las palabras y los actos, me habían dotado de gracia y simpatía. La mirada era pura y brillante, porque el corazón era inocente. La voz era dulce y cristalina, porque en su conciencia no había secretos. Las lágrimas fluían abundantes y fáciles, y tras de ellas la risa surgía regocijada y franca. Mi vida toda, en el espíritu y en el cuerpo, era **verdad.**

Ahora, después de muerta, esa palabra no tenía sentido para mí: me habían mentido, y me habían enseñado a mentir, a los otros y a mí misma. La verdad alejada ya, del vivir, se había convertido para mí en una cosa excepcional, peligrosa y amarga, tras de la cual surgían siempre, inevitablemente, el dolor, el odio y el desengaño.

Para precaverme y defenderme, me habían habituado al disimulo, a la reticencia, a las frases ambiguas, a los gestos que ocultan el pensamiento, a las cortesías que esconden el menosprecio, a las sonrisas que dispensan de hablar, al tono dudoso, a la promesa vaga y

a la negativa incierta. Me habían sumergido en la mentira.

Si todas las gentes hubieran sido iguales, yo nunca lo hubiera advertido. Pero ahí, inespera damente, en frente de mí, había estado una que era, no un fantasma, sino una **realidad;** no una muerta galvanizada, sino un tangible ser viviente, en quien el espíritu, el alma y el cuerpo, existían y actuaban, en y para la verdad.

Aquella joven era una **verdad;** mientras que yo era una **mentira**...

—Sin embargo, Julia, en todo lo que hacía y decía Elsa Koller, no encuentro yo nada que no fuera sencillo y corriente.

—¿Corriente? Puede que sí, allá entre los finlandeses y los suecos; pero entre nosotros no, se lo aseguro. Nosotras, ya se lo dije, casi nunca hablamos con perfecta franqueza: gestos, miradas, ademanes, tono de voz y lenguaje, ocultan, o velan o atenúan, nuestros pensamientos. Como la cosa más insignificante se nos achaca a la malicia, a la falta de recato, nos precavemos y defendemos, precisamente, con la malicia en forma de constante simulación.

—¿Y así juzgaba usted su vida, desde el momento en que conoció a Elsa?

—No, no; así la he llegado a juzgar después, poco a poco, a fuerza de comparar nuestra manera de vivir con la de otros pueblos. Seguramente había en mí un instinto rebelde. Lo que sentí cuando mi encuentro con Elsa Koller, fue el hervor de esa levadura que ha fermentado en mí, y ha crecido lo bastante para transformarme.

Lentamente, un día tras otro, esta conciencia de mi estado se fue precisando, acompañada de una imperiosa curiosidad de saber cómo había llegado a ser lo que era. Sentí un vivo deseo de conocer cómo había muerto; de analizar por qué caminos obscuros y tortuosos los hombres y los sucesos condujeron mi alma al cementerio, hasta dejarla sepultada bajo una losa, sobre la cual sólo hacía falta este epitafio: **¡Nada!**

Quiero decir que reconstruí mi vida. La rehice minuciosamente reflexionando sobre cada hecho, sobre cada persona de las que influyeron en mí. Y de esta reconstrucción obtuve la certeza de que nací y crecí en la mentira, respiré y absorbí la mentira; de que todo mi ser moral y mental fue saturado de mentira.

Tal fue la verdad, muy amarga, que se me hizo patente; y lo más amargo fue saber que había otra manera de vivir; que había otro tipo de mujer, tan superior al nuestro, como una alondra es superior a una rana, por más que ésta cante más ruidosamente que aquélla. La amargura de haber descubierto estas cosas, me ha hecho repetir más de una vez, aquellas palabras de un poeta nuestro, tan ciertas y tan desoladas: "¡Qué dicha es no pensar...!"

—Sí, realmente... pensar nos lleva a comprender, y esa es una verdadera desdicha... cuando no es una intensa alegría.

—¡Qué dice usted, Andrewsky! ¿Comprender... una alegría?

—Sí, Julia, una grande alegría... Pero no hablemos de eso ahora; antes explíqueme cómo y por qué las gentes que rodearon y dirigieron su adolescencia hicieron de usted lo que usted llama una mentira. No imagino que fueran todos unos perversos.

—No, sino algo que tal vez era peor: eran esclavos. En mi familia y en el pueblo donde vivíamos, todos eran esclavos, esclavos en espíritu. El amo de todos, el señor absoluto, inconstante y estúpido, se llamaba **Qué dirán.** A este **qué dirán** se les sacrificaba, sin vacilar, corazones y cerebros, vocaciones y sentimientos. Cuanto de más sagrado, íntimo y fuerte hay en el ser; aquello que es **uno mismo** y sin lo cual uno se deforma, degenera y pervierte, era oprimido, estrujado, pulverizado en aras de ese dios impersonal e irresponsable, creado por la ignorancia, la rutina, la cobardía y la estulticia.

Usted sabe que no hay peor tirano que el esclavo. Pues bien, en este medio en que yo me formé, cada uno era un esclavo, y al mismo tiempo un esbirro, al servicio del **qué dirán.** A veces, algún temperamento enérgico; al cual sólo habían podido doblegar con enormes esfuerzos, se vengaba en nosotros de la opresión sufrida, imponiéndonos sus más inexplicables antojos, sus caprichos más insufribles. Así era, entre otros, mi tía Benedicta; que mientras nos tuvo a su alcance, nos trató como

trozos de cera puestos en sus manos para combatir sus fastidios. Aquella absurda señora estrujó mi alma y la de mis hermanos, como se estruja un limón en un compresor, hasta sacarle todo el jugo. Ella era la encargada de educarnos. Desde los cuatro años hasta los doce o quince, cuando uno pasaba de la categoría de víctima a la de verdugo, tía Benedicta fue el molde en que mis hermanos y yo fuimos conformados, a su imagen y semejanza. De cada limón, de cada pobre alma caída en sus manos, extrajo día por día, no sólo cuantas lágrimas podía uno verter, sino toda la originalidad, la personalidad, el carácter de que la naturaleza nos había dotado. Al salir de las férreas manos de la tía Benedicta, éramos o imbéciles o desdichados. Aquellos que no habían nacido con bastante instinto de rebeldía, acababan en imbéciles; los que teníamos una fuerte individualidad, acabábamos con los nervios trastornados, con la imaginación desenfrenada y el humor inestable, execrando la vida ambiente, soñando siempre con una libertad sin límites.

Usted se imagina ya qué extraña y compleja criatura resultaría de una educación como aquella, tratándose de una niña rebelde como era yo. Exteriormente, obedecía siempre; los golpes, el hambre y el encierro, me enseñaron luego lo inútil de la resistencia. Interiormente, protestaba siempre. Con palabras, daba las gracias; con el pensamiento, maldecía. A la postre, toda aquella gente, hasta papá y mamá, se me hicieron antipáticos; los creía

malignos, y mi único deseo era librarme de ellos de cualquier manera y para siempre. Esto era, sin embargo, una mera ilusión, pues de tal manera me incrustaron sus ideas, sus hábitos y sus prejuicios; de tal manera sofocaron mi verdadera e íntima individualidad, que a dondequiera que escapara habían ellos de ir conmigo.

He escapado, sin embargo, hasta cierto punto. Mi viaje a Europa, mi encuentro con Elsa, me pusieron en capacidad de arrojar de mí la costra y el sedimento de la educación que debía a tía Benedicta y a cuantas le ayudaron a educarme. He escapado, como uno que saliera de un incendio con la vista perdida, o como uno que se librara de un terremoto, sacando los brazos y las piernas rotos.

A los cuatro años pasé de mi pueblo al colegio. Ahí, suavemente, sin el despotismo de tía Benedicta, que al cabo me era útil para ejercitarme en la resistencia, se continuó educándome para las apariencias; sin tomar en cuenta ninguna de las realidades, y prescindiendo absolutamente de lo que mi alma podía ser y podía necesitar. El tal colegio era un criadero de esclavitud mental, donde a trueque de formar una muñeca de salón, nos infiltraban la hipocresía, el servilismo y la trivialidad. Ahí nos enseñaron a exhibir cuadros y dibujos que sacaban los más altos premios, cuando en realidad, éramos incapaces de trazar una línea. Nos daban títulos en diez o más asignaturas, con cintas y medallas cuando, en realidad,

éramos incapaces hasta de leer correctamente y de escribir una carta con ilación. Ahí nos hicimos pianistas laureadas, de las que luego son el tormento de los vecinos. Adquirimos, en fin, eso que llaman un diploma; que consume los mejores años de nuestra vida, sin traernos más que retazos de ideas, aversión al estudio, presunción y vanidad. Cuando salí ya titulada —esto lo he comprobado más tarde—, no tenía yo una sola idea clara sobre la sociedad ni sobre las cosas. Quitándome las maneras, el vestido, las frases hechas, todo lo que es barniz, no se habría notado ninguna diferencia mental entre cualquiera de mis sirvientas y yo.

A los diecinueve años salí del colegio. A los veinte conocí a Jorge; un gran partido, según decían, puesto que era joven, rico, no muy ignorante, y de buena familia. Aceptándole, tendría dinero, viajaría, impondría la moda. ¿Para qué más? Les gustaba mucho a mis parientes y a mis amigos. Yo no sabía lo que era amar, ni las responsabilidades que trae el matrimonio. Nos casamos, salimos de viaje, y en tres años de permanecer en Europa, tuve la desgracia de conocer otra vida, de comprender mi pasado, de rehacer en parte siquiera, mi alma.

Cuando regresamos, yo era de nuevo una rebelde, y durante un año más sufrí el yugo agobiador de un inepto, que ni siquiera sospecha que nos hiere cuando más lastima nuestra dignidad y nuestro ideal de vida. Y como

yo no era una santa, ni era ya una imbécil, le aborrecí, le desprecié. En fin, murió, y quedé libre.

Hace tres años que vivo sola con mi hija, aislada, perseguida, excomulgada.

Todo ello porque **habiendo comprendido,** quise vivir en la verdad.

Dígame ahora, Andrewsky, si todavía cree que es una dicha pensar y comprender.

—Sí, Julia; la dicha más grande; no cuando la verdad se conoce, simplemente; sino cuando se **vive.**

—¿Cuando se vive? No comprendo mucho...

—Sí, comprende usted muy bien, y usted misma lo ha dicho antes: la felicidad consiste en vivir una sola vida; en que la acción sea la cristalización espontánea y total del pensamiento; un hecho mismo en esencia, y sólo diverso en la forma: eso es lo único que puede llamarse felicidad, **vida plena.** Según el espíritu de cada uno, según la intensidad de su luz interior, esa unidad de vida producirá un héroe, un artista, un poeta, un santo, hasta un bandido, en ocasiones; pero todos ellos contentos, ninguno atormentado.

—Nunca he sabido yo de gentes que vivieran así fuera de Elsa Koller, tal vez... y de algunos niños.

—Las hay sin embargo. Examine usted las fisonomías de Leonardo de Vinci, de Van Dick, de Rafael, de Alejandro Magno, de Goethe, de San Juan de Dios; y verá que todas ellas son

serenas. ¿Por qué? Porque han vivido una sola vida. De ahí su placidez, sus frentes sin pliegues, sus mejillas sin surcos, su continente reposado, sus ojos sin sombras ni relámpagos. De ahí su fecundidad y la seguridad de su obra, ya la realicen con el sonido, el color, la palabra o la espada. De ahí, en fin, su confianza en el éxito, la continuidad en el trabajo, y su impasibilidad en el fracaso, o en la derrota. Estos hombres han vivido felices, créalo usted, porque vivían dentro de la unidad. La verdad o su **verdad,** si usted quiere, no era en ellos un simple conocimiento, sino a un tiempo e íntegramente, aspiración, pensamiento, propósito y acción.

Pero dejemos tantas filosofías, y acabe de referirme qué hizo usted después de su encuentro con Elsa.

—Ya le dije que permanecimos tres años en Europa, que mi marido empleó en comer, beber y prendarse de cuanta mujer fácil hallaba al paso. Todos los hoteles de fama recibieron su visita, y las más desnudas bailarinas, su ramillete y su tarjeta. Con tal empleo de su tiempo, su fortuna, que no era muy sólida, se desmedró hasta ser sólo una apariencia. La ruina visible no tardó en llegar.

Por mi parte, veía y meditaba. Pensaba, sobre todo, en las ideas que me sugería el recuerdo de Elsa. Comparándome con ella, nació en mí el deseo de saber si el tipo corriente de la mujer culta de Europa era así, o si se parecía más al nuestro.

Para saberlo, me di a observar a las mujeres con que me relacionaba, a notar sus hábitos, sus tendencias, su trabajo. Pero sobre todo, me di a examinar mi propia vida, desde que me llevaron al colegio hasta que me casaron con Jorge.

Este análisis, y el contacto con aquellas gentes, me hicieron otra, y cuando regresamos a San Salvador, tuve la desgracia de sentir que este ambiente ya no era mi ambiente. Jorge, de quien me distancié día por día, hasta el punto de que nada quedó entre los dos, fuera de los vínculos materiales, no advirtió mi transformación. Cuando murió, se fue sin sospechar quién era yo, ni qué divorcio tan completo había existido entre nosotros.

Usted sabe ya lo demás. Con mis nuevas ideas, no quise mentir aparentando que la muerte de mi marido me dejaba infeliz. ¿Por qué, si era mi liberación? Eso me atrajo el odio o la antipatía de las gentes, hasta hacer de mí lo que usted ha visto: una excomulgada...

Esa es mi historia, Andrewsky... Y ahora, puesto que la función va a concluir, y ya no hemos de vernos más... le digo **gracias** y adiós.

—¿Adiós? ¿Por qué adiós? ¿Por qué gracias?

—Adiós, porque usted va a partir mañana... Gracias, **por haberme oído... por haberme hablado.**

—¡No partiré, Julia! Bien sabe usted que no podría irme... Y usted no querrá negarme

la entrada en su casa, para hablarle aún, **¡para hablarle siempre...!**

—¡No, Andrewsky!, respondió tristemente sacando de su carriel una carta que me entregó. Yo no soy libre... soy de esta niña, y no debo pensar... Además, no puede usted llegar a mi casa... ahí se lo explicará esa carta... mañana cuando la lea en el camino. Le ruego no la lea antes.

—¡Pero Julia! yo no puedo irme así... de ese modo... Yo necesito decirla...

—No diga usted nada, interrumpió; será lo mejor para los dos. Si mañana cuando lea mi carta, siente todavía necesidad de decirme algo, escríbame. ¡Ahora... no! Quédese aquí... yo me voy, antes de que enciendan las luces. Me voy para evitar... dificultades... ¡Adiós!

Y se fue, dejándome tan sorprendido de aquel adiós tan inesperado, que no se me ocurrió insistir, ni seguirla... Se fue, dejando entre mis manos la carta y el ramillete de pensamientos que adornaba su pecho.

* * *

Los pétalos ya muertos de aquellas florecillas, son estos mismos que andan esparcidos entre las páginas de este libro. ¿Llegarán algún día a sus manos...? Entonces, ellos dirán a Julia lo que aquel día no me dejó decirle...

X

NO tuve ánimo de cumplir el ruego de Julia, de no leer su carta hasta el día siguiente. Apenas llegado a mi cuarto, rompí el sobre, y leí:

Querido hermano: (déjeme que le llame así, puesto que jamás habré de llamarle con un nombre más dulce).

Me faltó valor para contarle de palabra, el **final** de mi historia. ¿Hice bien ocultándoselo aún algunas horas? Su corazón responderá.

Después de dos años y medio de viudez, cuando ya era el escándalo de las gentes; por mi **vida inmoral,** comprendí que era imposible continuar en aquella lucha. Siendo rica o sola, me habría ido del país. Era pobre y tenía una hija, y era indispensable reconciliarme con las **gentes honradas.** No había otro medio para ello, que casarme de nuevo.

Hubo quien me ofreciera su mano: un hombre delicado y generoso, que más que a una esposa verá en mí una hija, y en mi niña una nietecita.

Desde hace seis días soy la señora de Stoffel, un señor de Holanda, establecido aquí hace tiempo: El señor Stoffel me triplica la edad: necesita los cuidados de una hija, y yo sabré prestárselos, para recompensar su desinterés.

En la manaña de aquel día, cuando hablé con usted por primera vez en el cine, se había efectuado nuestro enlace civil. Mi marido hubo de partir con urgencia a ver la instalación de una maquinaria, en una de sus fincas, y no ha vuelto sino esta tarde.

¿Comprende ahora por qué le dije que partiera, que no me dijera nada, que no intentara venir a mi casa?

No sé cómo darle gracias por las horas bellas y santas que estuve cerca de usted. Siento que sus palabras han de acabar mi curación, librándome del odio y del despecho que me venían ahogando. Ya poco me acuerdo de esos enojos, y estoy segura de que luego habré perdonado y olvidado enteramente. Ha dejado usted en mi pensamiento semillas que habrán de florecer, y con sus flores tendré una fragancia que incensará mi corazón mientras viva. Empiezo a comprender que lo que yo achacaba a perversidad de las gentes, no es sino incomprensión. Lo mismo que yo, estos pobres necesitan quién les guíe, quién les abra los ojos.

¡Decir que en ciertos momentos olvidando la dura realidad, he soñado que usted y yo, emprendimos juntos esa labor de esclarecer, de iluminar la mente de estos pobres ciegos!...

¡Usted y yo!...

Si me escribe, hábleme únicamente de su salud, de su viaje, de su llegada. De lo demás... no: yo lo sé, lo adiviné desde aquella noche... pero ¡a qué hablar de ello! ¡Para qué!

It is too late!

XI

¡DEMASIADO tarde...!

¿En obsequio de qué y de quién vivimos?

Porque morir, no es nada. La muerte es lógica, sencilla, fácil. Es una consecuencia natural de la vida. Acabada la cuerda del reloj, éste deja de andar; he ahí todo.

Como dolor, la muerte es maternalmente benigna. Las agonías más crueles duran algunos días, a lo más. Y el dolor que causan, decrece instante por instante. Aun las torturas que inventa el hombre para atormentar a sus enemigos, son pasajeras y mediocremente dolorosas: crucifixión, descuartizamiento, hambre, acaban con la vida brevemente, y no permiten un dolor extremo.

Aún más: si el dolor llega a cierto límite, nos desvanecemos, perdemos el conocimiento; nuestra sensibilidad física, agotada, nos pone entonces a salvo del dolor. Así, la muerte es siempre suave, llevadera.

¡Pero la vida!

¡Para el que nada espera!

¡Para el **desencantado** que no guarda de las horas que vienen sino tedio y rutina! Que sin fuerzas para intentar ya nada... sin interés por nada... ya sin fe ni valor para nada, ha de estarse a la orilla del tiempo, viendo arrastrarse las horas perezosas, cargadas de melancolía...!

Para el desencantado ¿qué tormento iguala al de vivir?

¿Y por qué vivir?

¿Y para qué vivir...?

XII

EN París, a 5 de agosto de 1914.

Encuentro con Enrique Holland, mi amigo de la juventud, alistado en la Legión Extranjera. A instancias suyas, me he alistado yo también y marcharemos juntos.

No me atrae esta guerra; no llevará a ninguna solución a esta infeliz Europa, fascinada siempre por los mismos falsos mirajes. ¿Pero qué haría yo si no fuera a la guerra? Vivir inerte, pensando... recordando...

Siquiera en los combates hay una embriaguez, y quizá podré salvar algunas vidas, **de gentes que desean vivir.**

He escrito a Julia mi dirección, y entregaré hoy este manuscrito a Holland. ¿Llegará alguna vez a sus manos?

* * *

Aquí terminan las memorias de Michel Andrewsky.

Durante los primeros meses de guerra tomó parte en muchos combates. Sabiendo que era médico, le confiaron el cuidado de una ambulancia. Salvó muchas vidas, exponiendo la suya para sacar a los heridos, que iba a buscar en los sitios más peligrosos.

Su amigo Holland le aconsejaba que fuera prudente, y él respondía sonriendo: —No hay peligro; la muerte no me tocará, pues sabe que eso sería la dicha.

Una mañana, en momentos en que su Regimiento se disponía al asalto de una trinchera, le entregaron una carta que acababa de llevarle el correo. No había tiempo de leerla, y sólo pudo ver el sobre, en que reconoció la letra de Julia.

Media hora después, una granada le hirió gravemente. Le llevaron a la ambulancia donde Holland le leyó la carta, mientras le hacían la primera cura. El médico declaró que no había que hacer, que era cuestión de horas.

La carta decía así:

"El señor Stoffel murió hace cinco meses. Fue para mí un verdadero padre, y para mi niña un abuelo excelente. Las dos lo hemos llorado con lágrimas sinceras. Gracias a su bondad, nuestro porvenir no nos causa ninguna inquietud.

"Andrewsky, soy libre. ¿Desea todavía decirme lo que yo no quise oír aquella noche, hace dos años, cuando usted partió? ¿Quiere que

vaya a buscar yo la respuesta? ¿Quiere venir, y traerla usted?

"Si su corazón se ha mantenido fiel, la felicidad llamará a mi puerta, **por la primera vez.**

"Ansiosamente aguarda,

Julia".

* * *

Andrewsky oyó leer esta carta con el acatamiento de un moribundo que recibe la extremaunción. Hizo que se la repitieran, lentamente, palabra por palabra, y luego, haciendo un grande esfuerzo, se incorporó un tanto, pidió un lápiz, y escribió con mano temblorosa, enseguida de la firma de Julia estas palabras:

I love you... I death... It is too late!

Esta edición consta de 7,000 ejemplares. Se terminó de imprimir el 19 de octubre de 1976, en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación, San Salvador, El Salvador, C. A.

El diario íntimo de un viajero finés revela la lucha de una mujer sacudida por la hostilidad de un medio que la ha formado para la esclavitud y la servidumbre.

El encuentro de estos dos espíritus es casi casual. Sitio: un cine. Fecha: 19 de abril de 1912. Los encuentros se realizan noche a noche hasta la finalización de los episodios de "La Diosa".

De Alberto Masferrer (ensayista y escritor salvadoreño, 1868 - 1932), poco se conoce esta feliz incursión en el género novelístico.



UNA VIDA EN EL CINE

ALBERTO MASFERRER